

## El futuro de nuestras ciudades\*

María Elena Foglia

**M**i intervención, a diferencia de las que la precedieron, no se va a apoyar en imágenes ni mostrará soluciones. Sólo pretendo aportar interrogantes a esta reflexión sobre el futuro de la ciudad latinoamericana en que estamos empeñados en estas jornadas, a partir de identificar en el presente los rasgos y tendencias que, proyectados al mañana, permitan componer una escena y un escenario: los que deberíamos transitar para construir nuestras ciudades. Porque estamos viviendo el final de una dinámica centuria cuyos cambios cualitativos y dimensionales son de tal magnitud y tan acelerados que resulta difícil formular predicciones acabadas. Sólo es posible plantear interrogantes para ir anticipando posibles respuestas.

¿Cuáles son los principales rasgos de esta última década de innovaciones que pueden incidir en la construcción de la ciudad futura? Intentemos sintetizarlos observando primero la situación internacional que estamos viviendo, en términos económicos, territoriales y de planificación; y en segundo lugar, si esta misma situación caracteriza a Latinoamérica y, obviamente, cómo puede llegar a afectar a sus ciudades.

En el campo del pensamiento, esta época nuestra que hemos dado en llamar posmoderna, plantea en términos generales una nueva forma de entender el mundo, su cultura y el comportamiento humano que la genera.

A la visión totalizadora, racional y científicista de la época moderna precedente, se le opone hoy una realidad compleja y fragmentada que pone en duda las virtudes de la razón, la metodología analítica y sus sistematizaciones para explicar el mun-

María Elena Foglia  
es Profesora en la Facultad de  
Arquitectura y Urbanismo  
de la Universidad Nacional  
de Córdoba.

\*Conferencia pronunciada en CONSTRUMA 1993.

do y su rumbo histórico. La fe en el progreso científico-tecnológico como vía para el desarrollo de la humanidad es sustituida por la relativización de las verdades científicas, por el reconocimiento de sus limitaciones para explicar la incompetividad de los sistemas formales con que se ha intentado, hasta el momento, expresar la realidad del universo.

Estos cambios en el pensamiento son una expresión más de las mutaciones vertiginosas de la propia ciencia y la tecnología y de la aplicación de sus innovaciones a la producción, procesos que han originado el nuevo orden económico internacional y modifican a pasos agigantados el rol del Estado en la sociedad.

Si la nueva revolución científico-tecnológica en marcha transforma los modos y medios de producción, la sociedad y el Estado, ¿cómo no va a incidir en el uso del espacio, la organización territorial y en la ciudad misma? Procuremos analizar más detalladamente este fenómeno.

La innovación tecnológica aplicada a la producción, basada en la electrónica, la informática y las telecomunicaciones, construye a través de redes interconectadas a escala mundial un sistema económico cada vez más ilocal, más planetario, donde se flexibilizan los procesos de producción, distribución y gestión de las unidades de producción propiamente dichas. Mediante la comunicación interactiva pueden descentralizarse las unidades productivas, distributivas y de gestión —los sistemas de computación CAD/CAM, para dar un ejemplo, permiten ensamblar perfectamente piezas componentes realizadas muy distantes en el espacio—, superándose así las distancias, con lo que las distintas unidades pueden buscar maximización de las ventajas comparativas de cada localización del espacio para cada función específica (menores costos de mano de obra aquí, menores costos de insumo allá, mayores ventajas para la toma de decisiones más allá).

Las diversas localizaciones se articulan luego en una cadena translocal. Los mercados locales constituyen entonces, sólo eslabones de una cadena de interdependencias que articulan la estructura local a la red mundial de procesos económicos.

La materia prima esencial del conjunto de procesos es el conocimiento y la información científico-tecnológica y ésta requiere de un cuerpo de científicos calificados y de un personal altamente tecnificado. Ciencia y producción interactúan generando complejos científico-tecnológicos —a la manera de las denominadas ciudades científicas como Silicon Valley en Estados Unidos, o el programa japonés de las Tecnópolis— cuyo fin es la *innovación permanente de los modos y medios de producción* para poder competir entre sí por una posición preeminente en el mercado planetario. Al mismo tiempo que se acelera el crecimiento dimensional y cualitativo de la producción, se establecen términos más competitivos entre las fuerzas económicas que quieran participar en el mercado internacional.

La *competitividad* aparece así como un paradigma de la nueva economía y se transforma en un *paradigma del Estado* que pretende participar en ese contexto. Y el viejo Estado paternalista que acompañó al modernismo de las décadas precedentes, ese Estado que reguló la economía brindando asistencia social y

actuando como árbitro de los conflictos entre capital y trabajo, comienza a desaparecer.

El nuevo liberalismo económico-social se constituye en el marco de encuadramiento de un Estado que, aceptando el paradigma de la competitividad, produce la apertura de la economía, la privatización de las que fueran empresas públicas y la descentralización de las actividades o, en otros términos, la desestatización de la sociedad.

¿Cómo se relaciona, cómo influyen estas nuevas formas de producción y estas construcciones teóricas en nuestro problema-ciudad?

Las situaciones señaladas modifican el rol de las ciudades en la organización del territorio y hasta redefinen las fronteras nacionales en la búsqueda de los mercados que, vía mercados comunes, tratados de libre comercio etcétera, integren dimensiones territoriales mayores, bloques si se quiere, que permitan mejorar las condiciones de especialización de la producción para su competitividad internacional. Se reconvierte el significado de las distintas regiones en su nueva escala de inserción—tal como es bien conocido está ocurriendo en Europa con altos costos sociales que hasta ponen en peligro la propia unión europea—, y las ciudades ajustan su rol al nuevo contexto económico participando de la competencia.

La inserción de cada ciudad en las redes de comunicación interconectadas y la calidad de vida que pueden ofrecer, se constituyen en los elementos de atracción de capitales y gestión, investigadores y técnicos necesarios al nuevo desarrollo tecnológico. Y por calidad de vida se entiende aquí, todas aquellas cualidades que concurren a atraer y fijar esas fuerzas de trabajo en un lugar, desde su clima y paisaje hasta el equipamiento social y el especializado, como instituciones educativas de alto nivel, oferta cultural, de ocio, etc. En suma, toda una identidad atractiva que implica, en la mayoría de los casos, proyectos de modernización de costos millonarios y cuya dimensión físico-funcional puede transformar las estructuras urbanas previamente existentes.

Frente a este conjunto de cambios, la cultura urbanístico-arquitectónica como una expresión más del pensamiento humano, no podía permanecer ajena; su proceso de ajuste a las modificaciones en marcha se manifiesta muy claramente en la planificación urbana y éste es el segundo aspecto de la incidencia de los procesos comentados en nuestro tema de discusión.

En este sentido recordemos que la sociedad "moderna" incorporó el concepto de planificación a su pensamiento como un instrumento de acción y durante décadas, a partir esencialmente de la Segunda Guerra Mundial, el mundo planificó, entendiendo a la planificación como el proceso de decisiones orientado a establecer la *previsión y provisión* de acciones necesarias para alcanzar determinados fines en términos del desarrollo de un territorio; siendo ése su objetivo, sus fines fueron básicamente económico-sociales. Su uso constituyó un instrumento que debía asegurar el empleo racional de los recursos, ceñido a un proceso cuya coherencia fuera también lógicamente demostrable.

Así, aquella planificación "moderna" tuvo un fin ético —el desarrollo económico social para todos, corrigiendo las desigualdades existentes—, y un proceso metodológico racional. Pero la esencia de la planificación, por su misma

definición, es *dar forma al futuro* y esa esencialidad tiene un significado ético porque quien planifica elige un futuro para sí y para los demás —como bien explica A. Daher— y por eso fue un instrumento del Estado, ya que de otra manera hubiera surgido un problema de representatividad respecto del proyecto que se pretendía orientar.

La planificación "moderna" creció entonces centralizada, comprehensiva, sistemática y racional, pero en muchos casos llegó a ser tecnocracia o burocracia restrictiva, sustituyó al mercado y sus actores privados y hasta para algunos monopolizó el futuro. En la escala urbana, donde pretendía redistribuir los costos y beneficios de la localización de actividades de una manera más equitativa que la emergente del libre juego de la oferta y la demanda, se contentó a veces en nombre de la sistematización con una zonificación abstracta de funciones, sin llegar a configurar la forma y el paisaje que asigna cualidades especiales en una ciudad, dejando librada, en consecuencia, a los planes masivos de vivienda —en gran parte de baja calidad—, la conformación de la expansión periférica urbana con su anomia emergente.

Hoy todo ha cambiado: el enfoque sistemático y supuestamente comprehensivo está en crisis; el Estado modifica su rol y enmarcado en el nuevo orden económico tiende a desburocratizarse y descentralizarse. Aparece entonces una planificación "posmoderna" acorde a las circunstancias, de signo opuesto a la tradicional, menos elitista si se quiere, menos cerrada, más consensual. Se plantea su descentralización, coexiste con el mercado y sus actores privados, lo complementa, no lo reemplaza. Se habla de su privatización, de la mayor participación de la acción privada en la creación del futuro.

La denominada microplanificación que desde fines de la década del '80 se impone en el mundo, comienza a darse en el ámbito local, se hace negociada y concertada entre el Estado y los actores privados, y su instrumento básico son los proyectos de inversión. Se trata de una estrategia de planificación a través de proyectos de inversión específicos, no de planes supuestamente completos y acabados, y esto significa —se estima en general—, un real avance respecto de las limitaciones burocráticas y abstractas de la planificación "moderna" que ya comentáramos.

Quizás la muy publicitada Barcelona Olímpica del '92 sea una de las expresiones más gráficas de este tipo de acción materializada a través de un conjunto de proyectos distribuidos separadamente en el espacio que, sin embargo y como bien explica Bohigas, constituyeron el "aggiornamento" global y la resignificación del espacio público que se necesitaba para el evento mundial. Resulta evidente cómo este tipo de planificación se empeña en configurar el espacio urbano y asignarle un significado y una identidad que resuelve los aspectos que la planificación "moderna" ignoró en muchos casos.

Más allá de esa puesta al día para un evento particular, Barcelona tanto como Sevilla con su Expo'92 —también tan publicitada—, son además ejemplos de cómo ciertos proyectos específicos constituyen una estrategia que permite insertar a una ciudad —vía calidad de vida, tecnificando e invirtiendo cifras millonarias—, en la competencia que se libra entre las ciudades del Mercado Común Europeo para atraer otro tipo de inversiones, aquellas de la nueva revolución tecnológica

aplicada a la producción. No es casual por ello, que se prevea destinar las instalaciones de la Expo a un complejo científico-tecnológico.

Hasta aquí, el Primer Mundo nos muestra un conjunto de enfoques y acciones cuyos resultados parecen ser más efectivos que lo realizado en décadas anteriores, tanto respecto a la configuración urbana resultante como de la mayor participación de los actores, mediante la renovación de las ciudades para su participación en el nuevo desarrollo económico-tecnológico.

Llegados a este punto de análisis de la situación internacional, resulta oportuno verificar su incidencia en el caso latinoamericano y en el futuro de sus ciudades.

Que nuestra inserción en el nuevo contexto económico y en la integración de nuevos mercados es un hecho ansiado más que una simple tendencia —vía Mercosur, NAFTA, etc.—, resulta evidente y me exime de mayores comentarios que los intentos de desburocratización, descentralización y abandono —o por lo menos limitación— del rol social del Estado están presentes, en mayor o menor medida según los distintos países, en la Latinoamérica actual, también.

Aparecen sin embargo, ciertas situaciones particulares que diferencian a Latinoamérica del Primer Mundo, y no han sido tratadas aún en esta charla y que, no obstante, van a configurar los interrogantes más serios para el escenario futuro de nuestras ciudades. Se trata de dos aspectos concatenados de nuestra realidad: su crecimiento demográfico y su pobreza.

Porque a diferencia del Primer Mundo nuestro crecimiento demográfico es acelerado, y en algunos países de la región, casi explosivo, aunque éste no sea el caso del Cono Sur. Mientras en Europa por ejemplo, el crecimiento se ha casi estabilizado —salvo potenciales invasiones de migrantes que no por casualidad obtienen las respuestas xenofóbicas que se están repitiendo sistemáticamente en el Viejo Mundo—, Hardoy estimaba que durante la década del '90 se agregaría un promedio de 10 millones de habitantes a los centros urbanos de América Latina. Lima-Callao sola crece a un promedio de 220.000 habitantes por año. Córdoba misma y siendo que el problema argentino no es precisamente la superpoblación, espera para el año 2020 un crecimiento poblacional que oscilará en alrededor de 600.000 habitantes, según datos de la Dirección de Planeamiento de la Municipalidad. (Casi tres veces la dimensión de Río Cuarto, la ciudad que le sigue en orden de importancia). A este crecimiento demográfico hay que sumarle que gran parte de esa población se encuentra en situación de extrema pobreza, conformando la denominada ciudad "informal". Hardoy nuevamente estima que más del 40% de la población latinoamericana vive bajo la línea de la pobreza, llegando en algunos casos, como Haití, al 65% de la población. El pobre urbano vive generalmente en sitios invadidos y carece de los servicios indispensables de agua potable y desagües cloacales. La propia Buenos Aires, en el caso argentino, tiene su población suburbana en más de un 50% sin servicios cloacales, y esta situación se repite en la mayoría de las ciudades latinoamericanas, y lo que es peor, aun en áreas que no constituyen villas de emergencia, lo que marca el crecimiento de la pauperización. Todo esto en un continente donde el cólera, antiguamente controlado, ha vuelto a surgir como un flagelo producto de la carencia de servicios y de la pobreza.

Si ligamos la situación indicada con la planificación "posmoderna" instrumentada a través de proyectos de inversión privados, y consideramos las cifras millonarias que puede implicar la modernización de nuestras ciudades para insertarlas en la competencia internacional, surgen algunos problemas fundamentales de nuestro posible escenario futuro.

Destaquemos en primer lugar que si hay algo que caracteriza enfáticamente a un proyecto de inversión privado es su rentabilidad: parece improbable que la inversión privada se proponga intervenir en actividades de escasa rentabilidad, que no sean altamente competitivas en el mercado o cuya recuperación de costos y obtención de beneficios se prolongue excesivamente en el tiempo. Podrá así participar de algunas actividades pero si el Estado abandona —según las tendencias actuales— su rol social, ¿quién se ocupará de la ciudad "informal" —ilegal y no rentable—, y su tendencia de crecimiento acelerado? ¿Quién resuelve la pobreza?

En segundo lugar, ¿existe en todas las ciudades latinoamericanas la capacidad de inversión necesaria para su modernización o, como mínimo, la capacidad para dotar al conjunto urbano de los servicios sanitarios esenciales? Si éstos han crecido escasamente con un Estado "moderno" paternalista, ¿cuánto podrán crecer con uno que no lo sea?

Por otra parte, los habitantes de la ciudad informal son marginados no sólo urbanos sino también sociales, generalmente sin empleo estable o con empleos también informales, alto nivel de desnutrición que aumenta sus riesgos de enfermedad. ¿Cómo se integrarán ellos en la sociedad del futuro? Las explosiones de inusitada violencia vividas el año pasado en Los Angeles o el saqueo de supermercados que sufriera hace poco nuestro país, como ha ocurrido en otros países latinoamericanos, ¿será la reacción esperable?

Como vemos, los procesos económicos, sus actores y las formas de intervención que se plantean para la construcción de la ciudad futura parecen resultar así tan importantes para formular la escena y el escenario del mañana como las configuraciones de diseño que hemos visto se están planteando a modo de respuesta de avanzada a los requerimientos urbanos. Ya partir de ellos podemos formular un escenario futuro para las ciudades latinoamericanas potencialmente sombrío.

Pueden entreverse ciertas ciudades importantes parcialmente integradas al nuevo contexto internacional, constituidas por fragmentos o bolsones de buen diseño, bien dotados de infraestructura y equipamiento, conectados entre sí por poderosas autopistas, pero sólo al alcance de algunos grupos sociales, inmersos en una masa de ciudad informal, peligrosa y agresiva correspondiente a los grupos sociales marginados. Y esta inseguridad no parece una predicción de futuro; ya ha comenzado a sentirse en la vida urbana de un buen número de ciudades latinoamericanas.

Pueden entreverse también otras ciudades más pequeñas que mantendrán ciertas cualidades de su pasado, pero sin poderse integrar al nuevo contexto internacional por su falta de competitividad o su lejanía respecto de los grandes centros de poder. Estarán congeladas en su desarrollo y en un proceso de involución poblacional, como lo están hoy nuestros pequeños poblados históri-

cos marginados del circuito productivo presente.

La ciudad, ese centro creado históricamente por el hombre para su propia protección en un medio potencialmente hostil, ese centro de culturización y socialización democrática, lugar de encuentros y de participación del habitante en una cultura histórica común, ¿se transformará por la aplicación de un nuevo modelo social en una serie de ghettos cerrados y bien dotados, donde ciertos habitantes se refugiarán para protegerse de otros habitantes, abandonando el espacio público que constituía la esencia de la urbanidad?

Esto es sólo un ejercicio de imaginación, quizás desbordada y de humor negro. En realidad, si hacemos memoria histórica en términos de planificación de la ciudad, de arquitectura para la ciudad, de respeto de las identidades locales, hemos avanzado —en cierto sentido—, respecto del pasado. Los proyectos urbanísticos actuales muestran una saludable preocupación por configurar un paisaje cualificado, por dotar al habitante de una cierta calidad de vida. El problema es que, a la luz de las consideraciones precedentes, eso no parece ser suficiente para afrontar el futuro.

Lo cierto es que nuestras limitaciones económicas y el crecimiento desmedido constituyen sólo algunas de las restricciones de nuestra realidad frente al modelo que el Primer Mundo nos proporciona. La disponibilidad de alta tecnología en sus posibilidades de aplicación al diseño y al saneamiento del hecho urbano, constituye otro aspecto que debiera incorporarse al debate. Los desequilibrios regionales de nuestro territorio, su dimensión, sus situaciones medioambientales en franco proceso de deterioro, no sólo por la acción de nuestras actividades industriales, sino además por la lucha para la supervivencia de la población más necesitada, que agota ciertas especies de nuestra fauna o quema nuestros bosques para su abrigo, son todas condiciones que parecen alejar aquel modelo de nuestra realidad.

¿Será que esta instancia posmoderna tampoco nos brinda aquella modernidad "apropiada" que le cuestionamos en los últimos tiempos a nuestra inserción histórica en el modernismo? ¿O que los modelos deben adaptarse *con un criterio crítico* a las diferentes modalidades de la realidad?

Las ciudades no controlan las riendas del desarrollo económico, como tampoco los grandes aspectos de las políticas nacionales, y en consecuencia, las posibles escenas esbozadas previamente no pueden resolverse en esa escala. Y pareciera que la atención de nuestros dirigentes, tan centrada en los aspectos inmediatos de la competitividad económica estuviera dejando de lado cambios urbanos demográficos, sociales y ambientales de tan gran envergadura que será difícil afrontarlos mañana si no comenzamos a reflexionar sobre ellos hoy.

Es verdad, y esto nadie puede ignorarlo, que el cambio económico, tecnológico y cultural que necesitamos para resolver nuestro desarrollo es gigantesco, pero por ello mismo requiere de una creatividad propia, que no se limite nuevamente a imitar los modelos que se nos propongan sino que genere una *inventiva pertinente*. Y cuando hablo aquí de modelos, me refiero a todas sus instancias: económico, territorial, urbanos y también arquitectónicos.

Quizás para nosotros, arquitectos y planificadores urbanos preocupados por el futuro de nuestras ciudades, esta evocación de la necesidad de una inventiva

pertinente constituya el marco más conveniente de la discusión sobre las mejores opciones de acciones e instrumentos para una posmodernidad apropiada, que sustituya aquella modernidad apropiada que perseguimos durante años sin poder conseguir. Y seguramente a partir de ese enfoque, podríamos preparar a nuestros técnicos y profesionales —y por qué no a nuestros políticos—, para que, *aprendiendo a aprender* de nuestra historia reciente, no se dejen deslumbrar por los modelos del Primer Mundo que se alejan tan ampliamente de nuestra realidad cotidiana.

Tal vez así, podremos encontrar respuestas al predominio de los valores económicos sobre los culturales que caracteriza a nuestro tiempo, respuestas que puedan representar una esperanza y una real posibilidad de avance y desarrollo para nuestros pueblos, respuestas que hasta puedan constituir la "resistencia ética" necesaria para re-orientar nuestro futuro.